

Mensaje cinco

**Vivir conforme al enfoque del recobro del Señor
como inoculadores y ministros del nuevo pacto**

Lectura bíblica: 2 Ti. 2:1-7, 15; 2 Co. 2:14-16; 3:1-3, 16-18; 4:1, 4-7

I. La epístola de 2 Timoteo es un libro escrito para inoculadores, aquellos que vacunan a otros contra la decadencia de la iglesia—2:1-7, 15:

A. El inoculador es un maestro—v. 2; Ef. 3:2:

1. Si alguien en una iglesia local tiene un depósito de las sanas palabras del Señor, debe entrenar a los hombres fieles para que ellos también tengan del Señor un buen depósito y sean idóneos para enseñar a otros—1 Ti. 6:20; 2 Ti. 1:12-14.
2. Debemos pastorear a los santos con las enseñanzas de la economía de Dios—Ef. 4:11; cfr. 1 Ti. 3:2; 4:11-16:
 - a. Debemos pastorear a otros al impartirles, en la humanidad de Jesús, la vida divina a fin de cuidarlos con ternura, y al enseñarles, en la divinidad de Cristo, las verdades divinas a fin de nutrirlos—Ef. 5:29.
 - b. Apacentar el rebaño de Dios anunciándoles todo el consejo de Dios, es decir, la economía de Dios, protege a la iglesia de los que destruyen el edificio de Dios, mezcla a los santos con el Dios Triuno como gracia y los une en Su unidad—Hch. 20:26-30; Ef. 4:14; 1 Ti. 1:3-4; Ro. 16:17; cfr. Ez. 33:1-11; 34:25; Zac. 11:7.
3. El maestro que aplica la vacuna, como buen ministro de Cristo Jesús, se nutre con las palabras de la fe y ejercita su espíritu para vivir a Cristo en su vida diaria en beneficio de la vida de iglesia—1 Ti. 4:6-7.

B. El inoculador es un soldado—2 Ti. 2:3-4:

1. Los apóstoles consideraban el ministerio de ellos una guerra por Cristo, así como el servicio sacerdotal era considerado un servicio militar, una guerra—Nm. 4:23, 30, 35; 1 Ti. 1:18; 2 Ti. 4:7.
2. El ministerio del Señor equivale a tocar la trompeta para que el ejército vaya a la guerra; pelear la buena batalla equivale a combatir contra las diferentes enseñanzas de los disidentes y a llevar a cabo la economía de Dios, la cual es según el ministerio de los apóstoles—1 Co. 14:8; 1 Ti. 1:18; Nm. 10:9; Jue. 7:18.
3. Si hemos de pelear la buena batalla en pro de los intereses del Señor en esta tierra, debemos librarnos de todos los enredos terrenales y echar mano de la vida eterna, no confiando en nuestra vida humana—2 Ti. 4:7; 1 Ti. 6:12; cfr. 2 Co. 5:4.
4. Debemos pelear la batalla en contra de la muerte, el último enemigo de Dios, siendo llenos de la vida divina a fin de reinar en vida—Nm. 6:6-7, 9; 2 Co. 5:4; Ro. 5:17; 8:6, 11.
5. Nuestra voluntad tiene que ser subyugada y resucitada por Cristo para que sea como la torre de David, la armería para la guerra espiritual—Cnt. 4:4; cfr. 1 Cr. 11:22.

C. El inoculador es un atleta—2 Ti. 2:5:

1. Debemos correr la carrera cristiana hasta terminarla, cumpliendo así plenamente nuestro ministerio en el ministerio único de la economía de Dios a fin de recibir a Cristo como nuestro premio—1 Co. 9:24-25.

2. Debemos someter nuestro cuerpo y hacer de él un cautivo vencido a fin de que nos sirva como esclavo para el cumplimiento de nuestro propósito santo, no por nuestros propios esfuerzos, sino por el Espíritu—vs. 26-27; Ro. 8:13.
 3. Debemos llevar, junto con los que de corazón puro invocan al Señor, una vida normal de iglesia yendo en pos de Cristo, quien es la justicia, la fe, el amor y la paz—2 Ti. 2:22.
- D. El inoculador es un labrador—v. 6:
1. La iglesia es la labranza de Dios, la tierra cultivada de Dios, y nosotros somos colaboradores de Dios, quienes laboramos juntamente con Él por medio de una vida que se adapta a todo, a fin de sembrar la semilla de vida en las personas y regarlas con el Espíritu de vida mediante Sus sanas palabras—1 Co. 3:6, 9; 2 Co. 6:1a; Lc. 8:11; Jn. 7:38; 6:63; 2 Co. 3:6:
 - a. La palabra de Dios, como un grano de trigo, imparte a Dios como vida en nosotros para nutrirnos; esta palabra es también un fuego y un martillo que nos purifica y quebranta nuestro yo, nuestra vida natural, nuestra carne, nuestras concupiscencias y nuestros conceptos—Jer. 23:28-29.
 - b. Dios ha enviado Su palabra como lluvia y nieve para regar a Su pueblo a fin de santificarlos, transformarlos y conformarlos a Su imagen para que el Cuerpo sea edificado—Is. 55:8-11; Jn. 17:17; Ef. 5:26.
 2. En nuestro contacto con los santos, debemos tener un solo motivo, a saber: ministrarles a Cristo para que puedan crecer en el Señor—1 Ti. 5:1-2.
- E. El inoculador es un obrero—2 Ti. 2:15:
1. Trazar bien la palabra de verdad significa exponer la palabra de Dios en sus varias partes de manera recta y exacta, sin distorsión (como en carpintería).
 2. La palabra de verdad, debidamente expuesta, es necesaria para alumbrar a los que están en tinieblas, inyectar el antídoto en contra del veneno, sorber la muerte y volver al camino correcto a los que han sido distraídos—cfr. Hch. 26:18; Sal. 119:130.

II. En 2 Corintios se usan cinco metáforas muy significativas y expresivas para describir la manera en que los ministros del nuevo pacto y su ministerio fueron constituidos, cómo se comportaban y vivían, y cómo llevaron a cabo su ministerio:

- A. Los ministros del nuevo pacto son cautivos en un desfile triunfal para celebrar la victoria de Cristo—2 Co. 2:12-14:
1. Pablo usa la metáfora de un desfile realizado en honor a la victoria de un general romano para describir lo que él era en el ministerio—v. 14.
 2. Pablo y sus colaboradores habían sido conquistados por Cristo y habían llegado a ser cautivos Suyos en el séquito de Su triunfo, celebrando Su victoria; por tanto, el ministerio de Pablo era un desfile triunfal del victorioso General, el Señor Jesús, en el cual había muchos cautivos—Ef. 4:8; Col. 1:18b:
 - a. Sin embargo, debemos reconocer que en nuestra experiencia, en lugar de ser cautivos de Cristo, la mayoría de las veces Cristo es nuestro cautivo—cfr. Hch. 26:14.
 - b. Un cautivo de Cristo es conquistado, derrotado y capturado por Cristo diariamente; para ello debemos orar: “Señor, hazme un cautivo Tuyo; nunca me dejes ganar. Derrótame continuamente”.

- B. Los ministros del nuevo pacto son portadores de incienso para esparcir el grato olor de Cristo—2 Co. 2:14b-17:
1. Como cautivos de Cristo en Su desfile triunfal, nosotros somos al mismo tiempo portadores de incienso; por medio de nosotros, Dios manifiesta en todo lugar el olor del conocimiento de Cristo—v. 14.
 2. De hecho, esparcir el incienso de Cristo equivale a vivir a Cristo—Fil. 1:19-21a.
 3. Puesto que hemos sido capturados, subyugados, poseídos y ganados por Cristo, Él tiene la libertad de saturarnos para hacer de nosotros un grato olor de Cristo—2 Co. 2:15.
 4. Los ministros de Cristo, aquellos que aman a Cristo, están preparados para esparcir el grato olor de Cristo en todas las circunstancias y en cualquier clase de entorno—Cnt. 4:10-16.
 5. Los que esparcen el grato olor de Cristo no son como muchos, que medran adulterando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, delante de Dios y en Cristo, hablan con el fin de edificar el Cuerpo de Cristo—2 Co. 2:17; cfr. 13:3.
 6. Por ser portadores de incienso que esparcen el grato olor de Cristo, somos los embajadores de Cristo—5:20.
- C. Los ministros del nuevo pacto son cartas escritas con Cristo como su contenido para transmitir y expresar a Cristo—3:1-3:
1. Cristo es inscrito en cada parte de nuestro ser interior con el Espíritu del Dios vivo para hacer de nosotros Sus cartas vivas, a fin de que en nosotros Él sea expresado, leído y conocido por otros—vs. 2-3; cfr. Ef. 3:17a.
 2. El Espíritu del Dios vivo, que es el Dios vivo mismo, no es el instrumento para escribir, la pluma, sino el elemento, la tinta, con el cual los apóstoles ministran a Cristo como contenido para escribir cartas vivas que transmiten a Cristo—Fil. 1:19; Éx. 30:23-25.
 3. La tinta celestial, la cual es un compuesto, es el Espíritu compuesto, la esencia de este “Espíritu-tinta” es Cristo con todas Sus riquezas, y nosotros somos la pluma; para tener esta tinta en nuestra experiencia, debemos disfrutar a Cristo como Espíritu vivificante y ser completamente saturados de Él; entonces espontáneamente ministraremos a Cristo a aquellos con quienes tengamos contacto, y de esa manera los haremos cartas vivas de Cristo—Fil. 1:19; 2 Co. 3:3, 6.
 4. Por una parte, los creyentes eran la carta de Cristo; por otra, ellos eran la carta de los apóstoles inscrita en los corazones de éstos—vs. 2-3.
- D. Los ministros del nuevo pacto son espejos que miran y reflejan la gloria de Cristo a fin de ser transformados en Su imagen gloriosa—vs. 16-18; 4:1:
1. Cuando nuestro corazón se vuelve al Señor, el velo es quitado de nuestro corazón y podemos mirar a cara descubierta al Señor de gloria—3:16, 18.
 2. En realidad, nuestro corazón alejado del Señor es el velo; volver nuestro corazón al Señor es quitar el velo.
 3. Una cara descubierta es un corazón sin velos que mira la gloria del Señor—vs. 16, 18; 1 S. 16:7; Ef. 1:18a.
 4. La gloria de Dios está en la faz de Cristo, y Su faz, Su persona, es el tesoro que mora en nuestro espíritu—2 Co. 4:6-7; 1 P. 3:4:

- a. Nosotros somos vasos de barro sin valor y frágiles, pero dentro de nuestro espíritu tenemos un tesoro invaluable, que es la faz, la persona, de Cristo mismo—2 Co. 2:10; 4:6-7.
 - b. En todo el universo no hay nada tan precioso como contemplar la faz de Jesús—Gn. 32:30; Éx. 25:30; 33:11; Sal. 27:4, 8; Ap. 22:4.
- E. Los ministros del nuevo pacto son vasos de barro para contener al Cristo de gloria como el tesoro excelente—2 Co. 4:7:
- 1. Estos vasos son como una cámara moderna, en los cuales Cristo, la figura, entra por medio del destello del resplandor de Dios—vs. 4, 6-7.
 - 2. Cristo, el tesoro inestimable, está contenido en nosotros, vasos sin valor y frágiles; esto hace de los vasos sin valor ministros del nuevo pacto, con un ministerio inestimable—v. 7; cfr. Gn. 4:26.
 - 3. Este tesoro, el Cristo que mora en nosotros vasos de barro, es el suministro y poder divinos para la vida cristiana; el poder de Dios se manifiesta en la debilidad del hombre, y la debilidad del hombre no puede limitar el poder de Dios—2 Co. 4:7; 12:10.
 - 4. Los ministros del nuevo pacto son los vasos que Cristo escogió para que le contengan y le expresen—Hch. 9:15; Ro. 9:21, 23; cfr. 2 Co. 4:5; Dn. 5:2-3, 23.